



EL CORREGIMIENTO DE SAÑA

Y

EL PROBLEMA HISTÓRICO DE LA FUNDACIÓN DE TRUJILLO

I

CAXAMALCA — BREVES NOTICIAS DE ESTA CIUDAD



RA *Caxamalca* (1) un lugar bastante grande, con una población de casi diez mil habitantes. Las casas en su mayor parte eran de adobe con techos de paja ó de madera. Algunos de los edificios principales eran de piedra tosca y por labrar; había también una casa de las vírgenes del Sol y un templo dedicado á la misma deidad tutelar: este último estaba medio oculto entre un bosquecillo de los suburbios de la ciudad. Por el lado inmediato al campo de los indios había una gran plaza de forma triangular, rodeada de edificios bajos, que eran unos espaciosos salones con anchas puertas ó aberturas á la plaza; seguramente estarían destinados para

(1) *Caxamalca* en lengua de los indios significa "lugar de hielo", porque aunque su temperatura es por lo común benigna y agradable, está sujeta á unos vientos fríos de levante, muy perjudiciales á la vegetación. — W. H. Prescott "Historia de la conquista del Perú", tom. I, pág. 444.

cuarteles de los soldados del Inca [1]. A un extremo de la plaza, mirando hacia la campiña, estaba una fortaleza de piedra y tenía una puerta falsa para el campo. Había, igualmente, otra fortaleza de piedra, á donde se subía desde la ciudad por una escalera, también de piedra, y tenía como la anterior, una puerta falsa para el campo. Había así mismo otra fortaleza de piedra tosca en un terreno elevado que dominaba la ciudad y estaba rodeada de tres cercas circulares, ó más bien dicho, de una sola que daba tres vueltas en espiral. Era obra muy fuerte y ninguna de las que hasta allí habían visto los compañeros de Pizarro les pareció de mayor mérito, tanto en la idea como en la ejecución material. Al caer de la tarde entraron los conquistadores á *Caxamalca*. Era el 15 de Noviembre de 1532. El cielo, que se había mantenido sereno durante todo el día, comenzó á entoldarse y llegó á caer alguna lluvia mezclada con granizo, porque el frío era mayor de lo acostumbrado [2]. A pesar de eso, don Francisco Pizarro deseaba tanto cerciorarse de las verdaderas intenciones del Inca, que resolvió enviar inmediatamente una embajada á su campo. Escujo para esta comisión á Hernando de Soto, á quien dió por escolta 15 caballos; pero reflexionando después que hubo partido, que aquella fuerza era muy corta, en caso de que los indios intentasen algún ataque, dió orden á su hermano Hernando Pizarro, para que fuera á reforzarle con otros veinte jinetes. Este capitán y uno de los que fueron con él, nos han dejado una noticia de su expedición (3). Al día siguiente, sábado 16 de Noviembre, á la caída de la tarde y previas las precauciones que la difícil situación de los españoles requería, fué capturado el Inca Atahualpa á las voces

[1] Oviedo "Historia de las Indias", part. 3ª, lib. 8º, cap. 15. Xerez "Conquista del Perú" ap. Barcia, tom. 3, pág. 195.

[2] Oviedo—Historia de las Indias; part. 3, lib. 8 cap. 15. Xerez "Conquista del Perú", ap. Barcia, tom. 3, pág. 195.

(3) Carta que Hernando Pizarro dirige á la Real Audiencia de Santo Domingo. El infatigable Oviedo que cuando llegó esa carta se hallaba en Santo Domingo, conoció su importancia y por fortuna incluyó ese documento en su gran obra "Historia de las Indias", part. 3, lib. 8, cap. 15; y por último, la dicha carta de Hernando ha sido publicada por el señor Quintana en el tomo II de su "Vida de Españoles célebres", apéndice 5º. Y también la trae A. de Zárate "Conquista del Perú", libro 5, capítulo 4, y Naharro en su "Relación Sumaria".

de "*Exsurge Domine*", que en coro con los soldados, repetían sin cesar los ministros del altar [1].

*
* *

Parecía que concluída la repartición del rescate del Inca Atahuallpa, que se verificó con toda solemnidad en la plaza mayor de *Caxamalca*, [según aparece del acta de repartición otorgada por el escribano Pedro Sancho á 17 días del mes de Junio de 1533 [2], ya nada detenía á los españoles para proseguir sus conquistas y emprender su marcha al Cuzco. Pero ¿qué se había de hacer con la persona de Atahuallpa? Para resolver esta cuestión todo lo que era provechoso era justo [3]: Ponerle en libertad, era dar suelta al hombre que debía ser precisamente su mayor enemigo: al que por su nacimiento y dignidad real reuniría en derredor suyo toda la nación, dispondría de todos los recursos y arbitrios del gobierno, y aún con sólo su palabra reuniría todo el valor de su pueblo contra los españoles, retardando de esa manera, si no impidiendo del todo, la conquista del país. Por otra parte, el mantenerle cautivo era acaso igualmente perjudicial, porque para custodiar un prisionero de tanta importancia era preciso dividir las tropas de tal modo que vendrían á quedar muy debilitadas; y era de temer que toda su vigilancia no alcanzara á impedir que les quitasen el preso en los peligrosos pasos de las montañas, máxime aún, que el Inca por su parte pedía con insistencia su libertad [4], pues se

[1] Tratábase nada menos que de tender una red al Inca y hacerle prisionero á la faz de todo su ejército. Era un proyecto lleno de peligros y casi parecía un aborto de la desesperación; pero la posición de los españoles era también desesperada (¡165 hombres contra 50,000 indios armados y aguerridos!) A donde quiera que volviesen la vista sólo descubrían inminentes riesgos, y valía más hacer frente como hombres al peligro, que huir de él cobardemente, cuando no les quedaba arbitrios para escapar: rogaron al Dios de las batallas que cubriese con su escudo á los soldados que peleaban por extender el imperio de la cruz, y todos á una voz entonaron la antifona "*Exsurge Domine, et judicam causam tuam*" Naharro — "Relación sumaria".

[2] M. de Mendiburu "Diccionario Histórico Biográfico del Perú", tom. 3, pág. 377.

[3] A. de Herrera "Historia general" déc. 5, lib. 3, cap. 4.

[4] Prescott "Conquista del Perú", tom. 1, cap. 7.

Xerez — "Historia de la Conquista", edición española de 1534, y ap. Barcia, tom. III, págs. 530 y siguientes.

detenía á pensar que, la vida de un monarca cautivo, es por lo común bien corta, y la suerte de Huáscar debió servirle de ejemplo para convencerle de la verdad de esta aserción; de allí lo mucho que se lamentaba de la ausencia de Hernando Pizarro [que había partido á la Península con la parte que tocara al Emperador Carlos V del rescate del Inca], pues, por extraño que parezca, aquel altivo hidalgo se compadecía de la suerte del real cautivo, y le trató siempre con tal atención que ganó de un modo particular el afecto y confianza del desgraciado monarca. Desgraciadamente para el Inca, cuando los hombres se hallan atormentados por el miedo, no suelen pararse en los medios, con tal de que desaparezca la causa que lo produce. Comenzáronse á oír murmuraciones mezcladas con amenazas contra el Inca, [supuesto autor de atrevidas maquinaciones], y muchos empezaron á pedir que fuese sacrificado á la seguridad del ejército. Señalábanse entre todos á Almagro y sus soldados, pues como no habían presenciado la captura del Inca, no les causaba compasión su desgracia, y sólo lo miraban como un estorbo, ansiosos como estaban de ir á buscar fortuna en la tierra adentro, ya que tan poco les había tocado del oro de *Caxamalca*. El tesorero Riquelme y los demás oficiales reales, les ayudaban. Pizarro había dejado á estos señores en San Migue!, porque no le agradaba tener sobre sí aquellos espías; pero se habían venido al campamento de Almagro, y pedían con empeño la muerte del Inca, como indispensable para la tranquilidad del país, y ventajosa para la Corona [1]. Pizarro escuchaba ó fingía escuchar con disgusto estas siniestras sugestiones, y aunque mostraba gran repugnancia á adoptar medidas extremas contra su prisionero, acabaron por sugerirlo, ordenando al efecto que se organizase el tribunal que debía juzgar de la traición del Inca (2). En consecuencia, organizóse presidido por los dos capitanes Pizarro y Alma-

[1] Pedro Pizarro "Descubrimiento y Conquista".

Relación del primer descubrimiento. MS.

Pedro Sancho, Miguel de Estete, Rel. ap. Ramusio, tomo III, folio 400.

(2) "Aunque contra voluntad de dicho gobernador, que nunca estuvo bien en ello." Relación del primer descubrimiento MS.

Igualmente Pedro Pizarro. Descubrimiento y Conquista.

El Veedor Estete y Pedro Sancho, Relación de un Capitanio Spagnolo, ap. Ramusio, tomo III, pág. 400.

gro, en calidad de jueces: se nombró un fiscal que pidiese por la Corona, y se señaló defensor al reo. Doce eran los cargos presentados contra el Inca, extendidos en forma de interrogatorio. Los principales eran que había usurpado la corona y asesinado á su hermano Huáscar; que había dilapidado los caudales públicos desde la entrada de los españoles, prodigándolos á sus parientes y favoritos; que era idólatra y adúltero, pues vivía públicamente con un gran número de mujeres, y, por último, que había tratado de fomentar una insurrección contra los españoles [1]. Pronto se dió fin á la información, y según dice el secretario de Pizarro, Pedro Sancho, "Siguióse una discusión muy acalorada sobre el daño ó provecho que podría resultar de la muerte de Atahuallpa." Aquello se reducía ya á una cuestión de conveniencia. Declaráronle al fin reo, aunque no nos dicen si de todos los delitos que le imputaban, y fué condenado á ser quemado vivo en la plaza principal de *Caxamalca*, debiendo ejecutarse la sentencia aquella misma noche. Era conveniente conseguir que el padre Valverde aprobase lo hecho, y así le enviaron una copia de la sentencia para que la firmase, lo que hizo sin vacilar, declarando "que en su opinión el Inca merecía la muerte" [2]; y aún dos de los miembros de esa junta opinaban de insuficientes las pruebas presentadas, y negaban que semejante tribunal tuviese autoridad para llamar á juicio á un príncipe soberano en el centro de sus propios dominios. Si se empeñan en formarle proceso, añadían, sería preciso enviarle á España para que el Emperador conociese de su causa, pues es el único que tiene poder para sentenciarle; pero los diez miembros de la mayoría desvanecieron estas objeciones declarando que no cabía duda de que Atahuallpa era delincuente, y que estaban prontos á cargar con la res-

[1] Garcilaso de la Vega "Com. Reales", parte 2, libro I, cap. 37. especifica los cargos hechos al Inca.

Oviedo en su "Historia de las Indias", parte 3, libro 8, cap. 22 lo califica de "un proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los Adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo, y un escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otras tales que en la maldad concurren"; pero la mayor parte de los autores concuerdan en los dos casos principales á saber: el asesinato de Huáscar y la conspiración contra los españoles.

[2] Herrera "Historia general", déc. 5, lib. 3, cap. 4 dice: "Respondió que firmaría, que era bastante para que el Inca fuese condenado á muerte, porque aún en lo exterior quisieron justificar su intento."

ponsabilidad de su castigo. En consecuencia se intimó al Inca la sentencia y al oírla perdió enteramente el ánimo, y con lágrimas en los ojos exclamó: “¿Qué hemos hecho yo ó mis “ hijos para que me traten de esta manera? Y que lo hagáis “ vos” añadió, dirigiéndose á Pizarro, “vos á quien mi pueblo ha tratado con tanta amistad y benevolencia, con quien “ he partido mis tesoros y que no habéis recibido de mi sino “ beneficios”. Pidió luego con las expresiones más patéticas que se le perdonase la vida, ofreciendo dar cuantas prendas se le pidiesen para la seguridad del último español del ejército, y prometiendo dar un rescate doble del entregado con sólo que se le diese tiempo para reunirlo [1]. Viendo Atahualpa que le era imposible ablandar el ánimo del conquistador, recobró su habitual entereza y se resignó á su suerte con todo el valor de un guerrero americano.....

La sentencia del Inca se publicó á son de trompeta en la plaza principal de *Caxamalca*; y dos horas después de anochecido se juntaron los españoles en ese lugar á la luz de las teas, para presenciar la ejección de lo mandado. Esto pasaba el 29 de Agosto de 1533. Sacaron á Atahualpa con grillos y esposas, porque lo tenían cargado de cadenas desde que se alborotó el ejército por los anuncios del ataque de los naturales, [pretexto que alejó del lado del Inca á su mejor amigo y defensor, el muy noble y muy leal capitán español Hernando de Soto, cuya vuelta no quiso el jurado aguardar porque tenía la evidencia de que los informes que este trajese, habían de ser muy útiles para corroborar ó desvanecer los rumores que corrían del alzamiento de los indígenas]. Iba á su lado el padre fray Vicente Valverde, tratando de consolarle y conseguir al mismo tiempo, si era posible, que, en esta hora postrera, abjurase sus errores y abrazase la religión de los castellanos. Quería que el alma de su víctima se librase en el otro mundo de la terrible expiación á que en este había condenado con tanto gusto el cuerpo mortal. El dominico hizo la última tentativa en esta hora solemne, y cuando vió á Atahualpa atado al poste y rodeado de los haces de leña que iban á alimentar la fúnebre hoguera, em-

[1] Pedro Pizarro, “Descubrimiento y Conquista”, Herrera “Historia general”, déc. 5, lib. 3, cap. 4.
Zárate “Conquista del Perú”, lib. 2, cap. 7.

puñó la cruz y le pidió que la abrazase y recibiese el bautismo, ofreciéndole que de hacerlo así, la cruel muerte á que había sido condenado se le conmutaría en otra más suave, por medio del *garrote* [1]. El desdichado monarca preguntó si aquello era verdad, y confirmándolo Pizarro, consintió en renunciar su religión y recibir el bautismo. El Rvdo. Padre Valverde desempeñó la ceremonia, y el nuevo converso recibió el nombre de Juan de Atahuallpa, por celebrarse la fiesta de San Juan Bautista el mismo día en que se verificó este suceso [2]. Atahuallpa manifestó ser su voluntad el que sus restos fuesen llevados á Quito, su patria, para que reposasen allí junto á los de sus antepasados por línea materna. Volviéndose luego á Pizarro le pidió, como por última súplica, que cuidase de sus hijos pequeños y los tomase bajo su protección. Recobrando entonces su estoica serenidad, turbada por un momento, se entregó en manos de sus verdugos, mientras que en derredor suyo los españoles rezaban en voz baja el Credo por el descanso de su alma (3). ¡De esta ma-

[1] El *garrote* es un género de suplicio que se ejecuta por medio de una cuerda que rodea el cuello del criminal con un palo atravesado en la parte de atrás, y dando vueltas á este palo se aprieta la cuerda y resulta la sofocación. Probablemente se verificaría así la ejecución de Atahuallpa. En España, en vez de cuerda se emplea un collar de hierro que por medio de un tornillo oprime la garganta del paciente—Prescott "Conquista del Perú", tomo I, libro III, cap. 7, folio 549.

[2] Xerez—"Conquista del Perú" ap. Barcia tomo III, pág. 234—P. Pizarro, descubrimiento y conquista.

Pedro Sancho: "Relación" ap. Ramusio, tomo 3, pág. 400.

Velazco—"Historia de Quito", tomo I, pág. 372.

(3) Sancho ap. Ramusio: tomo III, folio 399.

Pedro Pizarro—"Descub. y Conq."

A. de Zárate, "Conquista del Perú", libro 2, cap. 7.

W. Prescott, "Conquista del Perú", tomo I, pág. 551; concluye diciendo: "La muerte de Atahuallpa tiene muchos puntos de semejanza con la de Caupolicán, el gran jefe araucano, según se halla referida en el poema histórico de Ercilla. Ambos abrazaron en el cadalso la religión de sus conquistadores, aunque Caupolicán no logró tan buena fortuna como el monarca peruano, porque su conversión no le libró de las torturas de la más inhumana muerte: fué empalado y asaetado. Ercilla "La Araucana", part. II, canto 24.

Jerez, el secretario particular de Pizarro y cuya "Historia de la conquista del Perú", se imprimió en España en 1534, dice "Los grandes males y crueldades que en sus vasallos había hecho, así pagó; por que todos á una voz dicen, que fué el mayor carnicero, y cruel que los hombres vieron: que por muy pequeña causa asolaba un pueblo (¿Los cañaris?), por un pequeño delito, que un solo hombre de el hoviese cometido; y mataba diez mil personas."

Pedro Sancho que sucedió á Jerez en el oficio cuando éste marchó á España, paga un tributo más decente á la memoria del Inca, quien confía "habrá alcanzado la gloria, pues murió arrepentido de sus culpas y en la verdadera fe de cristiano. Ramusio, tomo III, folio 399.

nera y como un vil malhechor, pereció el último de los Incas!

El cuerpo del Inca permaneció toda la noche en el lugar de la ejecución. A la mañana siguiente fué llevado á la Iglesia de San Francisco, y allí se celebraron sus exequias con toda solemnidad. Pizarro y sus principales oficiales se vistieron de luto, y las tropas asistieron con devoto recogimiento al oficio de difuntos que dijo el Padre Valverde (1).

*
* *

De inmensa gravedad eran las reflexiones que agitaban el ánimo del afortunado guerrero; y de mucho peso las dificultades que se agruparon en torno suyo y le ponían en ardua perplejidad para la prosecución atinada y segura de una grandiosa empresa. Había deshecho un ejército y aprisionado al soberano del país, haciéndole morir en el cadalso; pero con tan extraordinarios acontecimientos sólo estaba vencida una parte de la conquista, y para completarla era indispensable subyugar un territorio de colosal extensión, en que habría sobra de elementos bélicos y caudillos que los supieran aprovechar. Faltábale someter la poderosa capital del Cuzco, centro de todos los recursos y donde residían varios príncipes descendientes de Huayna-Cápac. Debía esperarse le hiciese una cruda y porfiada resistencia; y que los magnates de Quito pusieran también en acción los medios conducentes á la defensa de aquel reino y á tomar venganza de la muerte de su Rey.

Contra estos azares y temibles conflictos, y para tratar de que desaparecieran, agusaba Pizarro la fecundidad de su ingenio, que al cabo le sugirió la adopción de un pensamiento oportuno y apoyado en buenas bases. Juntó á los nobles y á los militares notables que vivían atormentados por la incertidumbre y esperando un fatal porvenir; y para darles la mejor prueba de que no era su intención disolver el Imperio de los Incas, les expuso necesitaba saber quién sería la per-

(1) Gómara — "Historia de las Indias", cap. 118.
Pedro Pizarro — "Descub. y Conq."

sona más digna de recibir la corona real. Como ellos habían tenido á Atahuallpa por soberano, y eran hechura suya, propusieron á un hijo de éste, que era muy joven y respondía al nombre de Toparpa, prescindiendo de los que existían de Huayna-Cápac y sin mencionar á los de Huáscar, que había muerto. Pizarro lo aceptó con franqueza, y congregando á todos los señores que debían intervenir en la ceremonia augusta que iba á celebrarse, fué el príncipe Toparpa instituído, saludado y reconocido por Rey con las demostraciones acostumbradas; bien que no estuviesen revestidas de la solemnidad que se observaba en el Cuzco, según los rituales inherentes á la magestad de acto tan clásico. De esta manera y con semejante arbitrio, pensó Pizarro impedir que tomase cuerpo la resistencia que ya empezaba á sentirse y las hostilidades que al fin pudiesen ser desastrosas. Era en verdad un rey de burla el que se había erigido: una potestad ficticia y de autorizada farsa que servía de instrumento á los planes del jefe de la conquista y de activo y eficaz resorte para contener á los habitantes y someterlos, sofocando una alarmante conflagración [1].

Ya sólo pensó entonces en llegar cuanto antes al Cuzco, de cuya ciudad corrían entre las tropas las descripciones más brillantes; decíase que sus templos y palacios reales deslumbraban con el brillo del oro y plata de que estaban cubiertos. Con la imaginación exaltada por tales noticias salieron Pizarro y sus compañeros en la madrugada del 6 de Setiembre de 1533 de la ciudad de *Caxamalca*, lugar para siempre memorable, por haber sido teatro de las escenas más extrañas y sangrientas que menciona la Historia. Irían en todo casi quinientos hombres, pudiéndose calcular la caballería en cerca de una tercera parte. Todos emprendieron la marcha llenos de entusiasmo: los soldados de Pizarro porque esperaban aumentar las riquezas que ya poseían, y los de Almagro porque contaban con que en lo sucesivo tendrían en los despojos la misma parte que los "primeros conquistadores."

[1] M. de Mendiburu "Diccionario Histórico Biográfico del Perú", tom. 6, pág. 438.

Garcilaso de la Vega — "Com. Real", parte I, libro 7, cap. 9.

Pedro Pizarro, "Descubrimiento y Conquista".

Naharro — "Relación Sumaria".

Pedro Sancho — Rel., ap. Ramusio, tom. III, folio 400.

El joven Inca y el viejo general Challeuchima marcharon también en sus literas con una numerosa comitiva de vasallos, con tanta pompa y aparato como si todavía gozasen de una autoridad efectiva [1]. Después de una fastidiosa marcha en la que pasó por varios pueblos y ciudades de alguna consideración, siendo las principales *Guamachuco* y *Guánuco*, dió vista Pizarro al rico valle de Xauja. Durante la marcha aunque hartó penosa, no pasaron muchos trabajos, excepto al vencer las erizadas crestas de las cordilleras, que á veces se les atravesaban en su camino; asperezas en que se ven engastados como perlas los hermosos valles esparcidos por estas regiones elevadas. En los puertos de las sierras les molestó á veces el frío, pues que para caminar más á la ligera sólo llevaban consigo el bagaje muy necesario, y ni aún siquiera venían provistos de tiendas. Los vientos helados de las montañas penetraban por entre las gruesas armaduras de los soldados; pero los pobres indios vestidos más á la ligera y acostumbrados á un clima caliente, padecían mucho más. Parece que en los españoles era igual el esfuerzo del cuerpo y

[1] Prescott "Conquista del Perú", tom. 1, pág. 567, se expresa del camino real de los Incas en los términos siguientes: "Su anchura era casi siempre la misma, aunque según la clase de terreno se advertía en su construcción más ó menos esmero. Pasaba á veces por valles llanos y hermosos donde la naturaleza puso pocos estorbos al viajero; otras veces iba siguiendo el curso de un torrente que rodeaba la base carcomida de alguna roca, donde apenas podía asentarse el pie: en otras cuando la sierra era tan escarpada que ya parecía imposible el pasar más adelante el camino se acomodaba á las desigualdades naturales del terreno e iba rodeando las alturas que no podían subirse en línea recta. Pero aunque todo estaba construído con mucho tino, era sin embargo un paso muy difícil para la caballería. Había escalones abiertos en las montañas; pero los filos de las piedras cortaban los cascos á los caballos, y á pesar de que los ginetes echaron pie á tierra y les llevaban del diestro, padecían mucho los animales en sus esfuerzos para afirmar los pies. El camino fué construído para gente de á pie y para el ligero llama, y la única bestia de carga propia para transitar por él, era la firme y sagaz mula de que por entonces carecían los aventureros españoles. Por una rara casualidad, la España era el país de las mulas, y de este modo se proveyeron muy pronto en el Perú del animal que parece haber sido criado expresamente para los difíciles pasos de la sierra. Tropezaban también á menudo con otros obstáculos, en los caudalosos torrentes que se descolgaban con ímpetu de los Andes. Para atravesarlos sólo había puentes colgantes de bejucos, cuya débil materia se fué rompiendo á poco tiempo con el tránsito de la caballería, y quedaron llenos de agujeros que hacían mucho más peligroso el paso. Por todo el camino encontraron tambos ó casas de postas para alojamiento de los correos reales establecidos á distancias fijas; y almacenes de granos y otras cosas acopiadas en las ciudades principales para el consumo de los ejércitos indios. Los españoles cuidaron de aprovecharse de la prudente previsión del gobierno de los Incas."

el del espíritu, lo que les hacía casi insensibles á las variaciones del clima.

Ya á cinco leguas de Jauja, con sesenta y cinco caballeros mandados por tres capitanes, seguidos de indios cargados de oro y bagajes, derrotó Pizarro las tropas de Quisquis. Llegó á Porci sin novedad y después de una jornada de una legua penetró en el pueblo y Tambo de Hatun Sausa. Allí por las noticias que se tenía de las buenas provincias circunvecinas y de las muchas ciudades que había por todo el contorno de ella, resolvió fundar una colonia española en nombre de Su Magestad, pues consideraba aquella posición muy ventajosa para mantener sujetos á los indios de la sierra, y que serviría al mismo tiempo para facilitar las comunicaciones de la costa. En el entretanto determinó enviar á Soto con sesenta caballos para que se adelantase á explorar la sierra é hiciese reponer los puentes que el enemigo había destruído [1]. Ya los indios habían quemado parte de la ciudad [2] "porque los españoles no se aprovecharan de ello é como estos indios viesan venir los españoles se retruxeron de la otra parte del río que por esta ciudad pasa, que iba á la sazón creciendo; los españoles lo pasaron é rompieron los indios con muerte de todos ellos que por averiguación se dió no haber escapado cinquenta. Vuelto los españoles á esta ciudad é reposado aquel día é parte de la noche venideros por que estaban todos muy fatigados, é los caballos cansados..... ynformado el Gobernador de la comarca, é visto ser este asiento conveniente para asentar pueblo despauoles con acuerdo del padre fray Vicente [Valverde] é con los oficiales de S. M., fundó pueblo en este asiento, al que puso por nombre la ciudad de Jauja, como entre los naturales se llama, é porque no obo españoles que tomasen en ella vecindad é por ir á evitar los daños que la gente de guerra fazia á los naturales, no teniendo tiempo conveniente para fazer el depósito de ellos, el Gobernador fechos sus Alcaldes é Regidores que administrasen justicia é ochenta ombres, los cuarenta de caballo que quedaban en guarda de esta cibdad é del oro de Vuestra Magestad é de los españoles, que aquí

[1] A. de Herrera "Historia general" Déc. 5, lib. 4, cap. 10.

[2] Torres Saldamando — "Cabildos de Lima", tom. I, pág. 289.

quedó para seguridad de la comarca dexando por su Teniente al Thesorero de Vuestra Magestad se partió para el Cuzco con ciento de caballo é treinta de pie, llevando consigo al capitán Chalicochima (Chalcuchímac).” De los testimonios indicados se deduce que Pizarro dejó establecida, pero no fundada, la nueva ciudad de Jauja en su primer viaje al Cuzco. Por eso Pedro Pizarro coloca la fundación en 1534, cuando Francisco Pizarro volvió de la capital del Imperio (Cuzco), á Jauja. Y, como dice Jiménez de la Espada, no hay documento firmado en esa ciudad antes del 24 de Mayo de 1534.

Dejamos dicho que Pizarro envió á Hernando de Soto con sesenta caballos para que se adelantase á explorar la Sierra y que verificado el reconocimiento y previas las precauciones requeridas, continuaron sobre el Cuzco, ciudad que ocupó Pizarro el 15 de Noviembre de 1534, al año justo de haber ocupado la ciudad de *Caxamalca*. La tropa de Pizarro se entregó libremente á recojer el oro, plata y alhajas que apuntaban por todas partes; y á escudriñar lo mas oculto, sin reserva ni de los sepulcros, para descubrir y apoderarse de cuantas especies valiosas encontraron. El Gobernador mandó la reunión de todo para extraer previamente el quinto del Rey y pasar, desde luego al repartimiento. Hecho así se advirtió lo mucho que habían robado los yanaconas y demás indios amigos en momentos en que los españoles llegaron á haziarse á la vista de tan crecida riqueza que ya estimaban poco. Se ha asegurado, fué mucho más lo que escondieron y sepultaron los indios, y que solo la ropa y telas que desaparecieron valían 2.000,000 de pesos oro. Para la distribución del caudal se fijaron 480 partes y cada una montó á 4,000 pesos de oro: algunos han escrito que dos mil con más setecientos marcos de plata; y que la pedrería la tomaba cualquiera á su voluntad. La ciudad del Cuzco era la más suntuosa y magnífica del imperio como principal residencia de sus monarcas. Había en ella templos, palacios y casas de admirable construcción formadas de piedras de extraordinarias dimensiones, cuyas casi imperceptibles junturas, pulimento y labores, por lo difícil y esquisito del trabajo, se reputaban obras maravillosas y de misterioso ingenio, sin que pueda conocerse los medios empleados para su ejecu-

ción. El oro y plata que entraba en el Cuzco no salía de allí, y numerosos artífices lo reducían á láminas y curiosos artefactos, que revestían y ornaban el interior de los templos, palacios reales y estancias de los grandes dignatarios. Ofrecíase á la contemplación lo soberbio y espléndido de la fortaleza destinada á la defensa de la ciudad; monumento gigantesco que al mismo tiempo perpetuaba el prodigioso poder de los soberanos que lo erigieron. En los palacios reales se halló oro mezclado con la argamasa que unía las piedras, sin duda para eterna memoria de los autores de tan portentosos edificios. Al presenciar los habitantes del Cuzco los desastres de su nación, destruída y esclavizada por la tiranía y crueldad de extranjeros implacables, quejábanse de sus dioses, que habían permitido el acabamiento de su religión y de las cosas más sagradas: lloraban amargamente la pérdida de sus haciendas, de sus mujeres é hijos y maldecían á Huáscar y Atahualpa, culpando á sus desenfrenadas pasiones tan lamentables infortunios.

El lunes 23 de Marzo de 1534 se levantó el acta de la posesión y fundación del Cuzco. En ella consta que Francisco Pizarro autorizó aquel acto solemne en las gradas de la picota que días antes mandó hacer en medio de la plaza, y pidió se le diese testimonio y pusiese que él con un puñal suyo labró algo de las dichas gradas y cortó un nudo de madera de la citada picota, en presencia de los concurrentes. Que practicó los trámites de la fundación de la ciudad dándola por título "la muy noble y muy grande ciudad del Cuzco", todo en nombre del Rey y sujeto á su aprobación. Aparece firmado el instrumento en forma por Francisco Pizarro, fray Vicente Valverde, los capitanes Gabriel de Rojas, Francisco Godoy, Juan Pizarro, Gonzalo Pizarro, el Bachiller Juan de Balboa y Alonso Medina, ante Pedro Sancho Toncino, escribano y secretario del Gobierno. (1)

*
* *

Hallándose todavía en el Cuzco el Gobernador, le llegaron las nuevas de un suceso de más gravedad para él que todas las guerras de los indios. Lo que le anunciaban era el

(1) M. de Mençiburu "Dic. Hist. Biog. del Perú" Tom. VI, pág. 443.

arribo de un crecido número de españoles conducidos por el Adelantado don Pedro de Alvarado.

Dejaremos advertido que antes que Benalcázar salió de *Caxamalca* (1) el piloto Juan Fernández, que desde Nicaragua había sido su compañero de negocios y con quien estaba ya enemistado. Éste siguió su viaje á Guatemala y allí ponderando la gran opulencia del Perú, fomentó la ambición del Adelantado don Pedro de Alvarado, excitándole para que, en oposición á las órdenes del Emperador, expedicionara á la conquista que hacía Pizarro. (2)

*
* *

Era el Adelantado don Pedro de Alvarado [3] el mismo capitán que á las órdenes de Hernán Cortés, acababa de ganar tan alto renombre en la conquista de México. Este caballero, después de hacer en España un brillante casamiento, cual merecía por su nacimiento y su grado en la milicia, había vuelto á su gobernación de Guatemala y una vez allí, los lisonjeros informes que el piloto Juan Fernández y otros le llevaron de las conquistas de Pizarro, llegaron á despertar su avaricia. Aquellas conquistas, según le decían, se limitaban hasta entonces al Perú, permaneciendo todavía intacto el reino de Quito, antigua residencia de Atahuallpa, donde, sin duda tenía, guardada la mayor parte de sus tesoros. Fingiendo creer que este país caía fuera de la jurisdicción del Gobernador, hizo tomar el rumbo de la América Meridional á una numerosa flota que destinaba para las islas de la Especería, y en Marzo de 1534, tomó tierra en la bahía de Caraqués, con quinientos hombres, la mitad de á caballo, y todos perfectamente provistos de armas y municiones. Hasta entonces no se había visto en los mares del sur un escuadrón tan numeroso, ni mejor pertrechado [4]. Aunque aquello era una invasión manifiesta del te-

(1) M. de Mendiburu, obra citada. Tom. 6. f. 444.

(2) M. de Mendiburu, "Dic. Hist. Biog. del Perú" tom. 6 pág. 438.

[3] Prescott, "Conq. del Perú" tom. 1 pág. 606.

[4] Prescott, tom. 1 pág. 607.

Los historiadores no convienen en el número; pero de una información judicial hecha en Guatemala, resulta que eran por todos 500 hombres; de ellos 230 de caballería—Santiago, Stbre 15 de 1536.—M. S.

territorio concedido á Pizarro por la Corona, no tuvo escrúpulos Alvarado en marchar directamente sobre Quito. Contando con el auxilio de un guía indio se determinó á tomar el camino recto por las sierras; travesía sumamente difícil, aún escogiendo la estación más favorable. Pasando el río Dable se le huyó el guía, de manera que Alvarado se halló en breve perdido entre las tortuosas sendas de la sierra, y como iba subiendo cada vez más, se vió al fin rodeado de nieves y hielos, que su gente, sacada la mayor parte de las tierras calientes de Guatemala, no era capaz de resistir. Crecía el frío, y llegó á tal extremo, que paralizaba sus movimientos y apenas les permitía el andar. Los de á pie algo se aliviaban con la fatiga de la marcha; pero algunos ginetes llegaron á quedarse helados en las sillas. Los miserables indios sin abrigo y más sensibles al frío, perecían á centenares. Venida la noche se abrigaron como pudieron los españoles con las pocas tiendas que traían, recogiendo para encender fuego la escasa leña que hallaron; de este modo y casi sin aliento, aguardaron sumidos en triste silencio la llegada del día. Más la nueva luz no les trajo ningun consuelo, y al iluminar con sus pálidos rayos aquella escena de desolación, no hizo otra cosa que presentarles con más claridad los desastres de la terrible noche.

Siguieron, sin embargo, esforzándose por vencer los puertos nevados, quedando tristemente marcado el camino que seguían, por las armas, vestidos, preseas y otros despojos de la campaña, que dejaban tirados, y además, por los cuerpos de los muertos ó de los infelices que dejaban abandonados á perecer en aquella soledad. Mas, los caballos muertos no permanecían por mucho tiempo en el suelo, por que los hambrientos soldados se echaban al punto sobre ellos y los devoraban medio crudos. Estos infelices, á semejanza de los voraces cóndores que revoloteaban á bandadas sobre sus cabezas, se abalanzaban á los más inmundos alimentos, para satisfacer las insufribles exigencias del hambre.

Deseoso Alvarado de salvar el botín que había adquirido en los principios de la jornada, hizo pregonar públicamente que cada uno podía tomar de las cargas el oro que quisiese pagando tan sólo el quinto real. Pero los soldados no se

aprovecharon del permiso y sólo respondieron burlándose: "que el verdadero oro era comer". Viéronse, sin embargo, en aquella extremidad en que parecían ya rotos hasta los vínculos de la naturaleza, varios ejemplos de lealtad que conmueven: de soldados que perdían la vida auxiliando á sus camaradas y de padres y esposos (porque algunos caballeros traían consigo sus mujeres) que en vez de pensar en su propia salvación, preferían más bien quedarse y perecer sepultados en la nieve con los objetos más queridos de su corazón. Para colmo de desgracias, durante muchos días no cesó de llover sobre ellos arena y cenizas, que les cegaban y les impedían casi del todo la respiración. (1) Seguramente provendría este fenómeno de alguna erupción del lejano Cotopaxi, el más el hermoso y el más terrible de los volcanes de América, que á las doce leguas al sudeste de Quito, levantaba su orgullosa cabeza mucho más allá del límite de las nieves perpétuas. [2] Al tiempo de la expedición de Alvarado se encontraba precisamente en erupción, la más antigua de que hay memoria, aunque no la primera, sin duda.

Los compañeros de Alvarado, ignorantes de la causa de este fenómeno, al verse medio enterrados en la nieve, cosa nueva para ellos, y rodeados de una atmósfera de ceniza, perdieron el tino en medio de esta confusión de los elementos que parecían haberse conjurado para acabarlos. Había entre ellos algunos antiguos soldados de Cortés, endurecidos por mil penosas marchas y más de una sangrienta batalla contra los astecas; pero confesaban que esta guerra de los elementos era superior á todo.

Alvarado, en fin, después de fatigas inauditas que pronto iban ya á rendir aún á los más robustos, salió de los Puertos Nevados y entró en las elevadas llanuras cerca de Riobamba, situadas á más de nueve mil piés sobre el nivel del mar. Pero la cuarta parte de su lucido ejército y más de dos mil indios auxiliares, quedaron en los montes para alimento de los buitres. De los caballos pereció también el ma-

(1) Oviedo "Historia de las Indias" Parté 3, lib. 8, cap. 20, dice: "Comenzó á llover tierra del cielo, que cegaba á hombres y caballos, de manera que los árboles y matas estaban cubiertos de polvo.

[2] "Conq. del Perú", tom. I, lib. 3, cap. 9.

yor número, y los que escaparon con vida, tanto hombres como caballos, salieron todos, más ó menos, estropeados por el frío, el hambre y la extrema fatiga. Tal fué el terrible paso de los Puertos Nevados, que he referido suscintamente como un episodio de la conquista del Perú. [1].

Así que Alvarado, después de dar un deseanso á sus abatidas tropas, comenzó á marchar por la inmensa llanura, se quedó asombrado al descubrir en la tierra, frescas huellas de caballos. Era claro que ya antes habían llegado allí españoles, y que después de trabajar y padecer tanto, otros se le habían adelantado en la conquista de Quito!!

Más, conviene que nos detengamos un poco á explicar cómo sucedió ésto:

II

Meditando Pizarro que la nueva ciudad de San Miguel, por su situación cercana á la marina, tenía que ser el primer punto á donde había de acudir la gente que viniera de Panamá y costa del Norte, dictó varias providencias á fin de que esa población se pusiese en el mejor pié de orden y con los preparativos convenientes. Para hacerlas efectivas, nombró por su lugar-teniente gobernador, al capitán Sebastián de Benalcázar. [2].

Dejamos advertido más arriba, que antes de Benalcázar salió de Caxamallca el célebre piloto Juan Fernández, que desde Nicaragua había sido su compañero de negocios y con quien estaba ya enemistado. Este siguió viaje á Guatemala, y allí, ponderando la gran opulencia del Perú, fomentó la ambición de Alvarado, exitándole á la conquista de Quito, conquista que, como acabamos de demostrarlo, fué un verdadero desastre para el Adelantado.

Volviendo á don Sebastián, á quien dejamos en marcha

[1] A. de Herrera "Historia general", déc. 5, lib. 6, cap. 1, 2, 7, 8, y 9.

—Oviedo Hist. de las Indias. Parte 3, lib. 8, cap. 20.

—Carta de Pedro de Alvarado al Emperador Carlos V., fechada en San Miguel de Piura, el 15 de Enero de 1535, en viaje á Guatemala.

[2] M. de Mendiburu "Dic. Hist. del Perú", tom. 6, pág. 438, distingue á Don Sebastián, con el apellido de Benalcázar [así], y Prescott, Hist. de la Conq. del Perú, tom. I, pág. 61, le apellida Fenalcázar [así] Nosotros seguiremos llamándole Benalcázar.

sobre Piura, destinado á gobernar esta provincia, no es indispensable decir que este denodado capitán, de genio belicoso y emprendedor, concibió el plan de invadir y dominar el reino de Quito. Mas, apenas había tomado posesión de su gobierno, cuando llegaron, lo mismo que á Alvarado, tales noticias de las riquezas de Quito, riquezas que había dejado Huaina-Cápac, y las que era consiguiente existiesen en una capital poderosa, de la cual no llegó á recibirse en Caxamallca caudal alguno para el rescate del Inca. Resolvió en consecuencia emprender esa conquista, con las fuerzas que mandaba, aunque no tenía órdenes para ello.

Aceleró sus aprestos Benalcázar, excitado también por el Cabildo de San Miguel de Piura; se puso en camino á fin de ocupar antes que Alvarado el territorio que codiciaba, y, á la cabeza de unos ciento cincuenta soldados de á pié y de á caballo y de un crecido número de amigos de la tribu de los Cañaris, que le ayudaron con gente armada, encumbró la Cordillera hasta salir á las llanuras de Quito, por un camino más breve y seguro que el escogido por Alvarado. En los llanos de Riobamba encontró al general indio *Rumiñahui* (Rumiñavi lo llama Prescott), y tuvo con él algunas refriegas con vario suceso, hasta que siendo el valor igual, triunfó la disciplina; y el victorioso Benalcázar enarboló el estandarte de Castilla en los antiguos torreones de Atahuallpa, cuya ciudad fundó el 15 de Agosto de 1534, y, en honor de su general Francisco Pizarro, dió á la ciudad el nombre de San Francisco de Quito. Causóle, no obstante, harta pesadumbre el advertir, que, ó bien eran falsas las noticias de sus riquezas, ó éstas habían sido escondidas por los habitantes. La ciudad fué lo único que ganó con sus victorias; la concha sin la perla, á que debía todo su valor. Mientras sobrellevaba este golpe, lo mejor que podía, recibió nuevas de que su jefe, el Adelantado don Diego de Almagro se acercaba. (1).

(1) A. de Herrera "Hist. general, déc. 5, lib. 4, caps. 11, 18: lib. 6, caps. 5 y 6.

—Oviedo "Hist. de las Indias—Parte 3, libro 8, cap. 19.

—Carta de Benalcázar á Carlos V; su fecha en Quito, á 15 de Agosto de 1534 M. S.

En los días en que Benalcázar organizaba sus tropas para emprender por su cuenta la conquista del reino de Quito, llegó de Nicaragua el Capitán don Gabriel de Rojas y le dió avisos ciertos de que el Adelantado don Pedro de Alvarado, realizaba su expedición al Perú, decidido á ocupar el dicho reino de Quito, en el concepto de que la autoridad de don Francisco Pizarro, no comprendía ni abrazaba ese territorio. Una noticia de tamaña entidad impresionó sobremanera á Benalcázar, quien dispuso que Rojas, bien acompañado, marchase sin tardanza donde estuviese el Gobernador Pizarro, con el objeto de que le transmitiera cuanto comunicaba sobre el particular.

Alvarado había arrebatado á Rojas, dos navíos que con 200 hombres tenía listos para auxiliar á Pizarro, de quien era muy amigo y partidario. (1).

El Capitán don Gabriel de Rojas, en su marcha al Cuzco, al pasar por Andahuaylas, se presentó al Adelantado D. Diego de Almagro, de retén en ese lugar, y lo puso al corriente de las graves noticias de que era portador. Almagro le ordenó entonces que sin pérdida de tiempo fuese al Cuzco á verse con el Gobernador.

Pizarro, después de conferenciar con el Capitán Rojas y de enviar sus órdenes á Almagro, se hallaba lleno de inquietud y recelo con la venida del Adelantado Alvarado.

Almagro, sin desperdiciar un instante y previas las instrucciones que había recibido del Gobernador, se puso en camino para San Miguel de Piura. Dejó al Capitán Hernando de Soto la tropa que estaba á sus órdenes, y aconsejó á Pizarro no se moviese del Cuzco. Ya en Piura le alcanzó el Capitán D. Diego de Agüero y Sandoval, con órdenes é instrucciones de Pizarro.

No quedó poco asombrado cuando llegó á la ciudad y supo que no estaba en ella su teniente de gobernador, Sebastián de Benalcázar, que ya era calumniado por haber ido á Quito sin autorización; hecho que justamente había trastornado las miras de Alvarado, á quien, sin razón ni criterio,

(1) M. de Mendiburu "Dic. Hist. del Perú", tom, VI, páginas 445 y 447.

se le suponía unido, con daño de sus propios derechos; dudoso, pues, Almagro de la pureza de las intenciones de D. Sebastián, no vaciló, con la fogosidad propia de la juventud, algo apagada en verdad por los achaques de la vejez, en meterse por las montañas en busca de Benalcázar, á quien hizo llamar. [1]

Venciendo el resuelto veterano con su acostumbrada energía las dificultades de la marcha, dentro de pocas semanas, se halló con su tropa en las elevadas llanuras de Riobamba, aunque en el camino hubo de resistir más de un riguroso ataque de los naturales, cuyo valor y constancia resaltaban más, comparados con la indiferencia de los peruanos. ¡Pero aún no había llegado para éstos, la hora de manifestar el fuego que en sus pechos ardía!

Obedeció Benalcázar al llamado del Adelantado Almagro y en Riobamba se le presentó con su tropa y le negó, acaso de buena fé, el haber llevado ninguna intención torcida al emprender, sin órdenes, aquella entrada. Ya con este refuerzo y al frente de 185 hombres esperó tranquilamente el capitán español la llegada de Alvarado. Las tropas de este último, aunque más maltratadas, eran superiores en número y en equipo á las de su rival. Cuando se hallaron frente á frente en las inmensos llanos de Riobamba, parecía inevitable un combate sangriento, que procurara á los naturales la satisfacción de ver vengados sus agravios por los mismos que se los hicieron. Pero Almagro no quería que las cosas viniesen á tal término.

Mientras tanto ¿qué pasaba en el ánimo de los dos Adelantados? Lo siguiente:

El General don Manuel de Mendiburu al escribir de don Diego de Almagro dá noticias detalladas de los principales hechos que pasaron hasta que Alvarado desistió de su empresa; los marcaremos aquí sólo en extracto, desde que el lector tiene en su mano examinarlos en aquel artículo y en

[1] Prescott "Conquista del Perú", tomo I, libro III, capítulo 9, páginas 613—614.

el del mismo Alvarado. (1): 1º Este encontró ocupado el territorio que pensó estuviese expedito para conquistarlo. 2º Almagro, que á precaución había fundado la ciudad de Quito, dirigió una protesta enérgica, le intimó se volviese á Guatemala y le hizo ver que el Rey le destinaba el territorio al sur de Chíncha para que lo gobernase. 3º Envió comisionados para tratar, encargándoles tentar hábilmente á los soldados de Alvarado, ya muy desanimados, para que le abandonaran y se quedasen en el Perú, lisongéandolos con grandes riquezas y un feliz porvenir. 4º Alvarado se encontraba atemorizado de lo que podría sobrevénirle, y de los malos síntomas que advertía en su gente. Manifestó haber hecho grandes gastos y sacrificios; asegurando que nunca fué su ánimo perjudicar á Pizarro y Almagro, desobedecer al Rey ni ir contra las disposiciones de la Audiencia de México. 5º Conferenciaron ambos jefes en Riobamba y celebraron un convenio, en el cual se estipuló que Alvarado se volvería á Guatemala recibiendo antes 120,000 castellanos de oro y dejando en el Perú su tropa, buques y parque. El tratado se hizo en forma de escritura pública con fecha 26 de Agosto de 1534, ante el escribano Domingo de la Presa y testigos. (2)

Comenzaron, pues, las negociaciones, y cada parte alegaba los derechos que creía tener á aquella provincia. En el entretanto, las tropas de Alvarado trataban continuamente con las de Almagro, y escuchaban allí tales relaciones de las riquezas y maravillas del Cuzco, que ya muchos se inclinaban á pasarse á las filas de Pizarro. Hasta su mismo caudillo convencido de que la posesión de Quito no bastaba á compensar los trabajos pasados y los que, según las apariencias, aún le quedaban por sufrir si persistía en su empeño, comenzó á echar de ver la ligereza y temeridad con que había procedido, exponiéndose á incurrir en el desagrado de su soberano. Dispuesto su ánimo de este modo, no era ya difícil que

(1) M. de Mendiburu "Dic. Hist. Biog. del Perú", tom. 1 pág. 447.

(2) Firmaron por el Adelantado don Diego de Almagro, por no saber leer ni escribir y á su ruego, el capitán Diego de Mora y Blas de Alienza.

—Quintana, "Vida de españoles célebres" dice que en ese instrumento que él vió, sólo constan 100,000 pesos y lo mismo dice Prescott "Conq. del Perú" tom. I, pág. 615 que fueron cien mil pesos de oro.

se arreglasen satisfactoriamente los puntos en cuestión, y se convino, por principio, en que el gobernador pagaría á Alvarado *cien mil pesos de oro* (1), comprometiéndose este último á entregarle sus navíos. Los buques eran doce, entre grandes y pequeños, y la suma que recibió en pago, si bien erecida, no alcanzaba á cubrir sus desembolsos.

¿Qué valor intrínseco representaba, en realidad, la suma de *cien mil pesos oro*, base de la estipulación entre Almagro y Alvarado?

Para reducir las sumas de que se hace mención en el acta que acabamos de citar, dice el señor Prescott en su Historia de la Conquista, tomo I página 527, bastaba haberse aprovechado, como lo hizo antes en la Historia de la Conquista de México, de los trabajos del señor Clemencín, Secretario que fué de la Real Academia de la Historia de Madrid. En el tomo 6º de las memorias de la Academia, escrito todo por él, incluyó este distinguido literato un curioso ensayo sobre el valor de la moneda en el reinado de los Reyes Católicos. Aunque este período (el final del siglo XV) sea algo anterior á la conquista del Perú, con todo, sus cálculos bastan á nuestros propósitos, porque hasta entonces no se había alterado mucho el valor intrínseco de la pieza, es decir, el valor que deriva del peso, ley, etc., del metal, circunstancias que se determinan fácilmente. Luego hay que averiguar el valor comercial ó estimativo de la moneda; es decir, el valor fundado en una comparación de la diferencia entre la cantidad de mercancías que podría comprarse con una suma determinada en aquellos tiempos, y la que se conseguiría con la misma en nuestros días. En esta última averiguación se tropieza con graves obstáculos, por la difi-

(1) No están de acuerdo los escritores en la suma pagada á Alvarado por indemnización; pero tanto éste como Almagro en sus cartas al Emperador, desconocidas hasta mediados del siglo XIX, convienen en la suma fijada en el texto. Alvarado se lamenta de que no le quedó otro arbitrio que tomarla, aunque le resultaba grave pérdida á él, lo mismo que á la corona por el malogro de su expedición, según lo insinúa modestamente. (Carta de Alvarado al Emperador M. S.)

Almagro, sin embargo, sostiene que la suma pagada era tres veces más de lo que merecía el armamento, "é hice este sacrificio," añade "en obsequio de la paz, que nunca es cara á ningún precio." Opinión estraña en un conquistador castellano! Carta de Diego de Almagro al Emperador M. S., Octubre 15 de 1534.

cultad de hallar un artículo de comercio que pueda considerarse como la verdadera regla del valor. El trigo por ser de cultivo y su uso tan general, ha sido comúnmente preferido por los economistas para base de sus cálculos. Tomando pues, el trigo por base, ha tratado de fijar el valor de las principales monedas que corrían en tiempo de los Reyes Católicos. En su tratado no hace mención del *peso de oro* en que se expresaban casi siempre las cantidades á principios del siglo XVI. Pero fija el valor, tanto intrínseco como comercial del castellano, el que varios de los escritores primitivos, como Oviedo, Herrera y Xerez, convienen en considerar como exactamente igual al *peso de oro*. Del resultado de sus cálculos aparece que el valor intrínseco del castellano expresado por él en reales de vellón, es igual á tres pesos siete centavos de nuestra moneda de 48 peniques, mientras que el valor comercial es casi cuádruplo, ó sea *once pesos setenta y siete centavos*, igual á *dos libras esterlinas, siete chelines y un penique*. Considerando ésto como el valor aproximativo del peso de oro á principios del siglo XVI, el lector podrá calcular por sí sólo el valor en aquel tiempo del rescate del Inca y lo que á cada uno de los conquistadores le tocó en él; por ejemplo, de los 15 y medio millones de pesos (1), apartóse primero el 5º real, rebajando de él la remesa hecha ya á España. La parte que se reservó Pizarro para sí ascendió á 57,220 *pesos de oro* = á \$ 667,780 y 2,350 marcos de plata. Tocóle además el asiento ó trono del Inca, de oro macizo, evaluado en 25,000 *pesos de oro* [\$ 291,750]. A su hermano Hernando se le señalaron 31,800 *pesos de oro* [\$ 362,703] y 2,750 marcos de plata. Soto recibió 17,740 *pesos de oro* = (\$ 207,025) y 724 marcos de plata. La mayor parte de los conquistadores de á caballo, que eran sesenta, recibieron á razón 8,880 *pesos de oro* = [\$ 103,629] y 362 marcos de plata, aunque algunos tuvieron más y otros mucho menos. De infantería se contaron por todo ciento cinco hombres. A la quinta parte de ellos tocó á razón de 4,440 *pesos de oro* = (\$ 51,814) y 181 mar-

[1] Xerez. Acta de repartición del rescate de Arahualpa, "Conquista del Perú ap. Barcia, tomo III, página 232.

cos de plata, es decir, la mitad de lo señalado á la caballería. Los demás recibieron una cuarta parte menos, aunque aquí también hubo sus excepciones y algunos tuvieron que contentarse con una parte mucho más pequeña del botín. (1)

Mientras pasaba todo esto, había salido del Cuzco el Gobernador Pizarro, é ignorando hacia á donde se habría encaminado Alvarado, emprendió su marcha para la costa, por si acaso viniese por allí. Dejó en el Cuzco á su hermano Juan, creyéndolo por sus modales el más á propósito para conciliarse el afecto de la población indígena. Dejó igualmente noventa soldados para que sirviesen de guarnición y de principio para la nueva colonia, y tomando consigo al Inca Manco llegó hasta Jauja.

No había terminado el año de 1534 y ya se pensaba en trasladar la naciente ciudad de Jauja á otro lugar. Se fundaban para ello en la escasez de agua, en la falta absoluta de leña y madera para construcción y, principalmente, en la gran distancia que la separaba de la costa. En efecto, el Mantaro corre á una legua de la población y no hay cerca de ella sino un manantial llamado hoy la *Samaritana* que sólo dá 28 pulgadas cúbicas por segundo, así es que á veces, según lo dice el señor Paz Soldán "falta el agua hasta para beber". Al norte de la población existe una laguna llamada hoy *Paca*, de mil quinientos metros cuadrados, y cuyas aguas aunque potables, no se aprovechan. La venida del Adelantado Alvarado á los llanos, manifestó á Pizarro y sus compañeros la conveniencia de establecerse cerca de la costa, razón más, por la cual, abandonaron Jauja el 11 de Diciembre de 1534, que distaba del mar 45 leguas y que hasta en la Sierra se hallaba aislada de las demás ciudades, nada menos que á 40 leguas de Huamanca, según la verídica relación de Simón Pérez de Torres. (2). El Gobernador se encaminó en seguida á Pachacámac donde recibió la agra-

[1] Los pormenores de la distribución se encuentran en el *Acta de la Repartición del Rescate*, instrumento estendido y firmado por el escribano Real. El documento es, pues, de autoridad irrecusable.

[2] Herrera "Hist. General, dec 5 lib. 6 cap. 14 El Licenciado Fernando de Montecinos—Anales M. S. de 1,534 Torres Saldamando "Cabildos de Lima" lib. 1. Segunda parte pág. 291.

"Cabildos de Jauja" lib. 1 pág. Acta de 4 de Diciembre de 1,534.

dable noticia del convenio de Almagro con Alvarado, y poco después le visitó este caballero en persona, antes de embarcarse. No duró mucho la alegría de Pizarro por el concierto celebrado en Riobamba: algunos díscolos llevados de la maledisencia y envidia le dijeron que se guardase de la falsía de Almagro y Alvarado, que íntimamente unidos tenían tramado el modo de despojarlo del gobierno. Aunque esta calumnia alteró el ánimo de Pizarro no le dominó por completo, conociendo la honradez de Almagro: pero á los que apetecían discordias y no querían hubiese buena inteligencia entre ambos, era urgente arrebatar á Almagro el alto mérito que acababa de contraer por su tino y acierto, y la estimación de sus antiguos y de los nuevos amigos que había ganado con sus liberalidades. *Fomentaban la enemistad y los odios con las mentiras y malicias del partidarismo, sembrado antes y después de la conquista, que ha dado copiosos frutos de maldición, según lo que ahora mismo vemos, y acaso harán eterna la división y la anarquía en el infortunado Perú.* Hacían valer ante Pizarro como hechos consumados algunas pretensiones que tuvo Alvarado antes del convenio, y á que se negó Almagro en lo absoluto, como el haber querido no se negociase por medio del dinero; que se le admitiese á la compañía con iguales derechos que los dos socios; que daría una hija suya para mujer del hijo de Almagro.

Puesta á órdenes de éste la fuerza de Alvarado, con excepción de unos pocos que quisieron volverse con él á Guatemala, parte de ella quedó con Benalcázar á quien dejó Almagro en el gobierno de Quito y fundó la ciudad de Popayán en 1536; el resto marchó en dirección al punto en que estaba Pizarro, al cual vino también á presentarse el mismo Alvarado (1). De ambas partes se notó durante la entrevista la mayor cortesía y aún cordialidad, puesto que ya no existía entre ellos ningún motivo de disgusto; y es de suponerse que se contemplarían naturalmente con no escaso interés, habiendo ambos alcanzado tan alto nombre en la áspera senda de las aventuras. Es verdad que Alvarado ganaba algo en la comparación, porque si bien el porte de Pizarro no carecía de

[1] M. de Mendiburu "Dic. Hist. Biog. del Perú" tomo VI pág. 449.

autoridad, no tenía la gentileza ni los modales afables y cortesanos del conquistador de Guatemala, que no menos que la blancura de su tez y sus dorados cabellos, le ganaron entre los Aztecas el sobre-nombre de Fonatiuh ó "Hijo del Sol". Todo era fiestas y regocijos en la antigua ciudad de Pachacámac, y en vez de los cantares y de los sacrificios á la divinidad india que se veían allí con tanta frecuencia, resonaba en todo lugar el estruendo de los torneos y de las cañas á la morisca y otras diversiones favoritas de los conquistadores. (1).

Concluídas las fiestas se volvió Alvarado á su gobernación de Guatemala (2), (así se lo decía en su carta al Emperador Carlos V, datada en San Miguel de Piura á 15 de Enero de 1535), en donde su espíritu inquieto le metió muy pronto en nuevas empresas que al cabo atajaron su azarosa carrera. Su expedición al Perú pinta muy bien su carácter. Con la injusticia por base y la temeridad por guía, no es maravilla que acabase infelizmente (3).

Mexía de Obando en el folio 246 de su célebre "Obandina" hace los más merecidos elogios á la ascendencia del Adelantado don Pedro de Alvarado, de cuyo padre, don García de Alvarado, dice haber sido capitán general de los Reyes Católicos en la frontera de Portugal y los Alvarado de Badajoz, Trujillo y Alconchel le reconocen también por su progenitor.

Estando el Adelantado don Diego de Almagro en Piura, mandó al Capitán Francisco Pacheco que fundase una población en Puerto Viejo (Octubre de 1534).

* * *

Con motivo de la venida del Adelantado don Pedro de Alvarado al sur del Perú, don Diego de Almagro emprendió

[1] Pedro Pizarro "Descubrimiento y Conquista".

—Nabarro Relación Sumaria.

[2] Carta de Pizarro al Emperador Carlos V, fechada en Pachacámac á 1^o de Enero de 1535.

[3] Prescott "Historia de la Conquista del Perú" tomo 1 folio 618 dice "Alvarado murió en 1541 por haber caído sobre él un caballo queriendo subir una cuesta escarpada en la Nueva Galicia. Por una estraña coincidencia su bella esposa, doña Ana, pereció el mismo año en Guatemala en su propia casa, que fué arrebatada por una avenida que bajó de las montañas vecinas.

en Octubre de 1534 su marcha á San Miguel de Piura para de allí seguir á Pachacámac, donde se encontraría á Pizarro; y en su tránsito por el valle del "Chimú" "*miró lugar provechoso* y con las calidades convenientes" para fundar la villa de Trujillo y encargó de esto al célebre capitán español Miguel de Estete, natural de Santo Domingo de la Calzada, diócesis de Calahorra. Fué uno de los primeros que entraron en Cajamarca con Pizarro (1), y que mientras sus compañeros se ocupaban en matar á los indios que cargaban las andas en que era conducido Atahualpa, él arrebató á éste la borla que llevaba en la cabeza y era insignia de su soberanía. En 1557 la obsequió á Sayri Túpac al pasar por Huamanga, cuando se le conducía á Lima. En 1535 después de haber delineado la población de la nueva villa de Trujillo y contribuído á la fundación de Lima, fué al Cuzco y allí en las discordias de los Pizarro con Almagro, sostuvo por disposición de éste, la autoridad de Hernando de Soto. Después se avecindó en Huamanga, y no vuelve á figurar hasta 1553, en que suscribió una acta en que los vecinos de esa ciudad se negaban á cumplir algunas disposiciones de la Real Audiencia, que no creían conformes con las leyes vigentes. Todos los que en el Perú traen el apellido Cuespo de Astete y Zárate son sus descendientes, como lo comprobaremos al escribir la historia de la casa de Agüero.

El delineador de la villa de Trujillo, fué hermano de su primer teniente de gobernador Martín de Estete [Astete ?] el mismo que sacó del Templo del Sol el 6 de Noviembre de 1535 un sello de oro con perlas. Así lo dice Mendoza en el tomo X pág. 312 de sus Documentos Inéditos para la Historia de España.

III

Los yuncas, mochicas y tallancas, que al realizarse la conquista española se ofrecieron subyagados por los quichuas que los habían dominado y vencido poco antes, fueron en su origen pueblos separados é independientes. Tu-

(1) M. de Mendiburu "Diccionario Histórico Biográfico del Perú" tomo 3 página 378.

Torres Saldamando "Cabildos de Lima" libro I, página 393.

vieron en su tiempo idioma propio, ritos y costumbres particulares y tal vez conocimientos, aspiraciones, cultura, exclusivismos de nación y pretensiones autónomas y soberanas (1). Al principio no hubo forma regular ninguna de gobierno. Agrupados por tribus aisladas entre sí y dispersos por vastos espacios desiertos, el mayor de la familia hacía de jefe en cada parcialidad. Los pueblos eran pocos, y escasos sus habitantes. Uno de estos jefes, patriarca, curaca, cacique, ó como quiera llamarse, de natural belicoso y ánimo alentado, á impulsos de su ambición se sobrepuso á los demás y redujo muchos otros á su obediencia. Así se formaron los primeros centros de dominio, hasta que, posteriormente, ensanchándose la acción, un sólo señor al fin se impuso sobre todos.

A semejanza de los pueblos del otro continente, los que tratamos, acariciaban fantásticas leyendas de sabor misterioso, en las que jugaban papel principal personajes divinos y seres extraordinarios. Creyeron ó aparentaban creer, unos, que sus progenitores "habían sido cuatro estrellas, procediendo de las dos más brillantes los nobles ó principales y de las otras dos más pálidas y pequeñas los humildes ó plebeyos"; otros se presentaban como hijos del Mar, nacidos en sus profundidades y trasportados por grandes pejes á la ribera. No faltaban algunos que se decían aborto de los cerros, surgidos en las cumbres ó salidos de las cuevas, como brota el agua de los ríos y de ciertos manantiales.

Hasta los días de la conquista tenían recuerdos vagos, reminiscencias confusas de pasados conflictos, en que figuraban hordas invadiendo el territorio, gigantes terribles que habían llegado sembrando terror y pigmeos apocados, incapaces de resistir el empuje de guerreros de talla corriente. Los pobladores de Tumbes guardaban memoria de antiguos viajes por mar y no temían confiarse al Océano en sus frágiles barcas, consagrados al comercio, para cambiar algodón y otros productos de su industria por el oro del Cho-

(1) Ricardo García Rosell "Monografía Histórica del Departamento de Piura" folios 203 á 224, publicada en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima; y cuyos preciosos capítulos sobre los Yuncas, Mochicas y Tallancas, me he tomado la libertad de transcribirlos literalmente, dando así al César, lo que es del César.

có. Losde más al sur contaban leyendas iguales y tenían oscuras nociones de otra patria distante.

Al llegar los españoles los tumberos de la ribera hasta treinta leguas arriba, llevaban el pelo corto y su traje consistía en camisetas ajustadas y paños ó mantas pendiente del cuello. Las mujeres usaban unos hábitos largos hasta los piés, ceñidos al cuerpo, como un talego grande, [capuz]* con las esquinas cortadas para sacar los brazos y una abercura central para el cuello.

En Piura, los tallancas andaban arrebozados con unas tocas de muchas vueltas á la cabeza, cuyos cabos ó puntas caían sobre el rostro á modo de largas patillas. Esta costumbre original que les daba aspecto raro, hacía decir, probablemente por burla, que ocultaban un apéndice saliente como un dedo tras el cogote; aunque en realidad dichas tocas fueran un preservativo para los ojos, expuestos á muchas enfermedades en esos climas ardientes, donde el Sol reverbera con fuerza extraordinaria sobre dilatados campos de arena.

Los mochicas y sus subordinados inmediatos vestían camisetas y delantales. Adornábanse la cabeza con madejas de lana colorada de hilado muy fino, las que dando vuelta hacia á los lados venían á parar bajo la cara en forma de barboquejo. Invariablemente llevaban mantas como capuz, pues tenían por afrenta andar sin ellas. Las mujeres, en vez de camisetas y delantales, vestían el saco ó capuz, en todo igual á las de Tumbes:—Había lujo. Había alardes de ostentación en los trajes, prendidos elegantes, brazaletes, collares, aros de oro en las orejas y broches y plumas del mismo metal. Los señores principales, muy respetados y temidos por sus súbditos, se servían con mucho arte, adornándose con joyas y cuentas que llamaban *chaquiras*, mediante las cuales, según su disposición y acomodo, se conocían los linajes y las provincias á que pertenecían. Tenían pajes, oficiales, cocineros y numerosa servidumbre. Con frecuencia ofrecían banquetes y convites en los que se juntaba mucha jente y con gran pompa, profusión y grandeza, se comía y

(*) Este mismo traje usan actualmente los indios campas y los amueses en Chanchamayo, y que denominan *cuschma*.

se bebía, entre músicos y juglares encargados de alegrar la fiesta. Al salir de paseo ó de viaje, andaban en hamacas, que llamaban *rampi*, suspendidas con ingenio sobre angarillas de madera que cargaban al hombro los portadores. Eran en verdad cultos, ceremoniosos y de finas maneras. De todo servicio pesado estaban excluidas las mujeres. En general se distinguían por su ingenio. Vivas de carácter, hermosas y halagüeñas, habían logrado ascendiente muy pronunciado sobre los hombres, de suyo impresionables y naturalmente blandos por lo apacible del clima. Eran muy consideradas.

Con harta frecuencia desempeñaban los puestos de mando y gobierno de los pueblos. A esta especie de curacas ó caciques se les acataba bajo el título de *Capullanas* ó *Soyapullas*. Se les miraba con gran respeto y se tenían por inspiradas sus decisiones, contribuyendo el prestigio á hacer más suave su dominio y más profunda la obediencia.

En época bien distante, los pueblos que tratamos habían realizado su concentración bajo un solo régimen. Sea que el cacique de *Trujillo*, (1) por sucesivos ensanches hubiera ido agrandando su dominio, ó sea que una tropa invasora hubiera realizado éste por medio de rápida conquista, es un hecho que de muy atrás Piura formaba parte de los estados unidos del Chimú, cuyo poder soberano se extendía por la costa desde Paramonga, en el distrito de Pativilca, de la provincia de Chancay, hasta Tumbes, (2).

El licenciado Fernando de Montesinos, á quien hay que apelar á cada paso para los tiempos remotos, no obstante la poca aceptación con que se han acogido hasta ahora sus relatos que las últimas indagaciones tienden á rehabilitar [3] á quien apoyan en parte Balboa y Feijó dice: que *Ayatarco Cupo*, receloso de los extrangeros que á órdenes del *Chi-*

(1) Del Chimú.

(2) El Licenciado Fernando de Montesinos, Anales de la Conquista M. S. 1,534.

[3] A. de Herrera "Descripción de las Indias Occidentales, tomo I. cap. 19 Déc. V lib. 7, cap. 6.

González Dávila "Teatro Eclesiástico de las Indias", tom. 2º pág. 139. P Claudio Clemente Tablas Chronológicas".

Mendoza, "Colección de Documentos Inéditos para la Historia de América y Oceanía, tomo 8 pág. 24.

mú, habían invadido *Chanchán* [á una legua de Trujillo, cuyas ruinas aún existen] salió del Cuzco con un poderoso ejército y puso guarnición en Vilcas y Limatambo, donde le sorprendió la muerte. Su hijo y sucesor *Huáscar Titu*, doceno rey *Pirhua*, regresó al Cuzco para enterrar á su difunto padre, constituyéndose de nuevo en Limatambo á proseguir las fortaciones contra los *Chimus*, que eran gentes muy belicosas y que manifiestamente por aquella vez no pudieron ser domados.

Durante varias generaciones continuó el estado de guerra, ó mejor dicho, de permanente hostilidad entre ambos vecinos. En Paramonga se ven hasta el día, sobre las eminencias cercanas, los restos de un castillo formidable, circunstancia que acredita que allí se marcaban linderos de dos dominios rivales, cuya enemistad prolongándose larguísimo tiempo, hizo indispensable el sostenimiento de guarniciones estables en continua vigilancia.

Después de los hechos apuntados que corresponden á época bien distante, callan todas las fuentes históricas. Nada se sabe con relación á los llanos de la costa por mucho tiempo, hasta que, pasado un período cuya duración no se puede precisar, se presentan los Incas de los últimos reinados en actitud conquistadora. Es probable que por entonces debió ocurrir algún trastorno que alteró sustancialmente las condiciones políticas del país. El vasto dominio del Cuzco debió sufrir serios quebrantos, fraccionarse ó disolverse tal vez; pues vemos que casi todas las provincias del Sur aparecen independientes, constituyendo pueblos soberanos, que los Incas someten uno á uno, á partir de los alrededores mismos del Cuzco y del siglo XII, en que se calcula floreciente Manco Cápac y Mama Ocllo, fundadores del último imperio.

Vagas reminiscencias autorizan la anterior suposición. Cosa del 900 años de advenimiento de los Incas, se habla de una irrupción de hordas bárbaras procedentes del Brasil, que trasmontaron los Andes talando los campos. El rey *Pirhua*, *Titu Yupanqui Pachacútec V*, fortificado en las montañas, trabó sangrienta pelea con los invasores; pero cayó muerto de un flechazo, después de ruda batalla y sangrienta carnicería. La guerra asumió carácter de estermi-

nio, y el aire viciado por los miasmas que despedían innumerables cadáveres insepultos, engendró una peste espantosa que casi despuebla el país. Luego, los ambiciosos, explotando las circunstancias y general calamidad, negaron su obediencia al nuevo rey, se alzaron en varias provincias y todo se envolvió en confusión. Entre estos disturbios y las contiendas civiles que acarrearón, *olvidose por completo el uso de las letras* y la barbarie de nuevo volvió á imperar sin contrapeso, trayendo consigo su cortejo obligado de miserias y de desorden. Los Pirhuas, arrojados del Cuzco, conservaron apenas una sombra de poder, refugiados en pocos pueblos distantes, donde se sucedieron por varias generaciones, perdiendo su nombre primitivo, que cambiaron con el de reyes de Tambotoco. El antiguo imperio del Cuzco quedó disuelto. Así se explica el largo silencio de las tradiciones y así se eslabonan sin violencia los sucesos posteriores.

El reino costeño formado por los Chimús se conservó y robusteció mientras tanto. Sus pueblos al amparo de la unidad política, fueron poco á poco fundiéndose y mezclándose entre sí, aún cuando no llegaron nunca á formar una nacionalidad homogénea. Hasta los últimos días prevalecieron en las provincias usos variados y distintos idiomas.

La lengua Quingan, conocida corrientemente con el nombre de Yunca, era la que prevalecía desde Pacasmayo hasta los límites del reino; pero en la provincia de Piura, se hallaba principalmente otra lengua llamada Sec, propia de los Tallancas, y además la Mochica, sin perjuicio de innumerables dialectos, abreviaturas y cambios finales que hacían aparecer á cada pueblo, y aún á cada familia, con lengua propia ó vocablos especiales.

En materias religiosas también habían diferencias. Los Tallancas adoraban como divinidad principal á la Luna, á la que, ignorantes del origen de la luz, suponían más poderosa y más útil que el Sol, porque se dejaba ver de noche, disipando sus tinieblas y porque eclipsaba á veces al astro del día, sin que éste pudiera nunca hacer lo mismo con ella. Decían que cuando la Luna faltaba por completo, al cumplir cada revolución ó período, se iba á otro mundo á castigar á los ladrones, vicio que aborrecían sobre todo. En obse-

quío de la Luna y para tenerla propicia, en determinadas fechas sacrificaban niños de cinco años encima de un altar cubierto de algodones coloreados y adornados con frutas y cántaros de chicha.

Los Yuncas adoraban al Mar, cuyas costas habitaban y lo llamaban "Ni", ofreciéndole en sacrificio harina de maíz blanco, almagre y otras baratijas. Tenían por dioses tutelares, además, ciertas piedras que llamaban Alepong, las que fueron tan veneradas que nadie era osado de pasar cerca de ellas sin dejarles en ofrenda una muestra de su piedra, simbolizada por un pedazo cualquiera de madera ó guijarro. Había de estas piedras en casi todas las parcialidades y en ellas parece figuraban el culto de los antepasados, pues eran consideradas emblema de su primer progenitor, convertido en piedra por la venganza del Sol.

Las tres estrellas brillantes de la constelación de Orión que vulgarmente se decían Marías, figuraban deidades de primer orden bajo el nombre de Patá. Una ficción de estilo mitológico ó poético, muy generalizada, suponía que la estrella del medio era un malhechor famoso á quien la Luna quiso castigar y mandó prender por las otras dos que la llevan asida, para entregarla á las cuatro estrellas que aparecen más abajo y que dicha leyenda supone buitres carniceros encargados de devorar al criminal. Las mencionadas siete estrellas, decían los yuncas, fueron colocadas en el firmamento para eternizar la memoria del suceso y la justicia de la diosa.

Esta ficción, vale la pena de hacerlo notar, se parece mucho á la fábula griega que pinta á Orión como un príncipe hermosísimo que desdeña los amores de la Luna, que le castiga haciéndole morir picado de escorpiones, y á quien Júpiter coloca después en el cielo, para calmar los remordimientos que afligen luego á la vengativa diosa. En el fondo ambas ficciones descubren ideas análogas. Cualquier amante infiel ó desdeñoso se convierte en malhechor á los ojos de la parte ofendida.

Era tenido por práctica piadosa el ayuno, el que empleaban para aplacar á sus dioses cuando los afligía alguna calamidad. En los casos de peste ó de guerra desgraciada, lo empleaban con todo rigor, hasta con sus animales domésticos, absteniéndose del uso de la sal y del ají y alejando á sus

mujeres. Durante los eclipses de Luna, azotaban á sus perros para que gimiesen, lanzando en coro tremendos alaridos.

Contaban los años, no por las revoluciones del Sol ni de la Luna, sino á partir de la aparición de las Pléyades, que el vulgo llamaba las siete cabrillas y que ellos denominaban *Tur*.

Los matrimonios constituían solemne ceremonia. En presencia de las familias que trataban el casamiento, ponían á los novios y entre estos una vasija nueva de barro con harina de maíz y grasa. Luego encendían una hoguera que debían avivar con gran decisión los novios. Cuando el fuego se comunicaba al contenido de la vasija, el padre ó padrino decía: "ya estáis casados, ya formáis una pareja, pero advertid que estáis obligados á igual cariño y á partir por igual afanes y venturas; que así como atizáis juntos esta hoguera que consume un solo fuego, no debe holgar el uno cuando trabaja el otro, ni mostrarse indiferente y helado cuando el compañero se enciende en llamas de amor, pues debe ligaros un solo afecto y estar juntos en sus demostraciones de ternura".

Para los funerales cumplían ritos determinados é invariables. Nunca procedían al entierro del difunto antes de cinco días, durante los cuales le lloraban sus deudos y amigos, ponderando sus cualidades y virtudes, y repitiendo endechas cantadas al triste són de las flautas, los acontecimientos ó acciones más importantes de su vida. Después de lavar los cuerpos con gran solicitud, les doblaban las rodillas acomodando las piernas sobre el pecho y cruzando luego los brazos encima, los sentaban en una actitud manifiesta de paciente espera á la vez que de oración y de ruego. Conforme á sus ideas religiosas, los muertos debían pedir al cielo por sus almas, y para que lograsen ese fin, no los colocaban como mazas inerte tendidos en la tumba, sino que los disponían sentados, cual si continuaran vivos aún, meditando silenciosos y tranquilos, en condiciones de perenne súplica. Cuando morían señores principales labraban magníficos sepulcros con bóvedas profundas y los depositaban en ellos, junto con algunas mujeres vivas, con provisiones, bebidas y criados, más sus armas, joyas y objetos privados de mayor

aprecio. Las viudas que no se enterraban con el difunto, se cortaban el cabello y asistían al funeral haciendo manifestaciones de dolor y llanto.

Tuvieron numerosos templos, construídos invariablemente en alto, sobre eminencias de ordinario artificiales, donde habían ídolos de madera en figura humana, con trajes alegóricos y una especie de mitra en la cabeza. Entre estos descollaba el dios del viento ó de la tespestad, al que llamaban *Guatán*, y veían reproducirse en los remolinos de polvo y arena que suelen formarse en esos extensos despoblados. Los sacerdotes, que debían ser castos y vestir de blanco, se mostraban parcos en las comidas y observaban conducta honesta y regular. Para las grandes ceremonias del culto y para los sacrificios, se juntaban en concurso, exhibiéndose siempre en traje blanco, acompañados por bandas de músicos provistos de atabales, grandes caracoles que hacían de bocinas y trompetas de sonido ingrato y acento adolorido. Tuvieron también verdaderos monasterios con vírgenes consagradas á la Luna que llamaban *Acllascas*. Estas sacerdotizas, escogidas con esmero, se distinguían por su belleza y se ennoblecían por razón de oficio, cualquiera que fuese su clase. Estaban obligadas á guardar castidad, pero podían casarse con permiso especial del soberano, y únicamente con personajes distinguidos. Si manchaban su pureza por alguna liviandad durante su ministerio, se congregaban los pobladores de la comarca y en presencia de las otras escogidas, las despeñaban con su cómplice desde considerable altura, dando grandes alaridos y profiriéndose horribles maldiciones. Lo mismo hacían, aunque con menos aparato para castigar á las adúlteras.

Igualmente severos se mostraban con los ladrones. Los colgaban del cuello, abandonándolos vivos, á medio ahorcar para que expirasen tras largas horas de angustia y de agonía. Cuando se realizaba un robo y no se descubría el autor, plantaban en los caminos altos maderos con mazorcas de maíz y ramas verdes, para comunicar alarma y hacer que todos se previniesen, no tanto á guardar en seguro sus alhajas, cuanto haciendo indagaciones y practicando pesquisas. Con el anuncio se ofrecían sacrificios á la Luna y á las estrellas y se consultaban agoreros, andando todos día y noche,

vigilantes hasta que parecía el ladrón y era castigado, algunas veces junto con sus padres y parientes, si se les sospechaba encubridores. Mediante tal diligencia y activa policía, la propiedad era celosamente respetada. Las casas no necesitaban puertas, ni usaban cerraduras.

Una ley muy rigurosa reglamentaba los servicios y obligaciones de los médicos, que se llamaban *Óquellúpac*, los que hacían estudios y alcanzaban á veces muchos conocimientos. Curaban aplicando yerbas y prescribiendo determinado género de dieta, según el carácter de las enfermedades. Eran funcionarios públicos sostenidos por el Estado, ordinariamente muy venerados y en posesión de muy honrosos privilegios; pero caso de comprobarse que por descuido ó ignorancia mataban al enfermo, se les amarraba con una soga al difunto y se les dejaba delante de la sepultura, para servir de pasto á las aves de rapiña. Tal severidad, exponiéndolos á gravísimos peligros, no solo los hacía cautos y prudentes, sino exageradamente prevenidos para de sahuir á los enfermos graves, los que una vez declarados sin remedio, á fin de ahorrarles sufrimientos, eran entregados á los *despenadores*, cuya misión era acelerar la muerte é impedir el dolor de la agonía.

Las ofensas hechas á los dioses, la blasfemia, la irreverencia en los templos, así como los delitos contra el Rey ó el Cacique, se castigaban enterrando vivo al criminal. Todo condenado por la justicia se llamaba *Rámar*, y este título, que envolvía grande afrenta, se extendía por vituperio á sus allegados ó parientes.

Aunque en formas tal vez poco delicadas y sin los refinamientos de elevada cultura, los pueblos de que tratamos habían alcanzado cierto grado de civilización y régimen social bastante regular. Sus instituciones todas respondían á su estado y llenaban satisfactoriamente las exigencias de la vida civil. Tenían á su modo deslindadas las obligaciones y los derechos y contaban con autoridades respetables que guardaban el orden y distribuían la justicia.

Poco han reflexionado los historiadores que atribuyen á los Incas toda la cultura del norte. No se han fijado que en esta parte del territorio su dominación, recién establecida al presentarse los conquistadores españoles, en pocas provincias

llegó á contar un siglo, en algunas duró apenas pocos años y en otras no consiguió nunca arraigarse con firmeza.

Comparando las obras que han quedado en el Norte y en el Sur, no puede dudarse que en los territorios Yuncas, el arte seguía una dirección especial y tendía á perfeccionarse á su modo. El rey *Chimú* dominaba extensas provincias, cobraba tributos de ropa y víveres y mantenía seis mil obreros para que le trajeran de la *Sierra oro, plata, chaquiras* [cuentas] y *cobre*. En los confines del reino sostenía guar-niciones militares, teniendo fortalezas bien provistas en Pa-ramonga, en Tumbes, entre los Guambos que hoy pertene-cen á la provincia de Chota, y en Pacasmayo para obligar la obediencia de los pobladores de ese valle que eran de genio levantado.

El Gran Chimú en la costa, parece evidente, lo mismo que el gran Capana en el Collao, se conservaron hasta el último, más bien como tributarios que como súbditos del Inca, los que en su carrera de engrandecimiento y de conquista, estaban llamados á medirse con los Yuncas. Avanzando hacia el Norte, después de reducir uno á uno los pequeños dominios independientes del tránsito, tenían que verse atajados en su marcha victoriosa, frente á un pueblo capaz de resistencia y hasta de equilibrar su poderío. Así sucedió.

Siguiendo por la Sierra en el siglo XIV (año de 1300 de JC) había conquistado hasta Latacunga en la vecina república del Ecuador, sin tocar ni invadir la costa que permanecía in-dependiente, á partir del valle de la Nasca en el departamen-to de Ica. De allí, después de asegurarse la obediencia de Pu-ruhá y Cañar, comprendidos en el territorio de Riobamba y Loxa, libres entonces del dominio de los Scyrís de Quito, atacó y venció á los Cofanes que hoy constituyen los pueblos de Quijos y Canelos de la provincia de Jaén. Luego bajó hacia el Occidente, redujo á los Chonos que poblaban Guayaquil y celebró alianza con los belicosos isleños de Puná, encerran-do de ese modo á los Yuncas y á los Chinchas entre sus po-sesiones y el mar, como presa guardada para una próxima ocasión.

Pachacútec Inca, sucesor de Viracocha, teniendo tran-quilos los extensos territorios de la sierra, proyectó la con-

quista de los valles costaneros. En dicha zona asentaban tres estados independientes y tres distintos soberanos: *Chuquis Mancu*, rey ó régulo de Chíncha, que gobernaba Lunahuaná, Huarco, Mala y Chilca; *Cuiz Mancu*, régulo de Páncacámac, Rímac, Chancay, Huamán y Barranca; y por último el Gran Chimú, que extendía su reino desde Paramonga hasta Tumbes. A fin de asegurar el éxito de la empresa mandó Pachacútec se apercibiesen sesenta mil hombres, por ser muy poderosos los enemigos que intentaba combatir y porque temía se aliasen entre sí para resistirle.

Esta presunción no se realizó. De muy atrás habían vivido en frecuente hostilidad los Yuncas con los Chínchas. Como pueblos vecinos, amenazados por igual, el interés de propia defensa les aconsejaba aliarse contra el enemigo común; pero su antigua enemistad y las guerras crueles en que habían estado empeñados, les impidió apercibir el peligro y reconocer la conveniencia de prestarse socorro y aunar sus elementos de fuerza y resistencia: separados se presentaron á la lucha y uno por uno fueron cayendo en la demanda.

El gran ejército alistado en el Cuzco por el Inca Pachacútec bajó á la costa por Ica y Pisco, á ordenes de Cápac Yupanqui hermano del Emperador y venció á Chuquis Mancu después de alguna resistencia, apoderándose de sus territorios hasta Chilca. En vista de este resultado, fruto de rápida campaña en que se evidenciaron los conocimientos militares del general de los quechuas, Cuiz Mancu, que preparaba treinta mil hombres en Pachácamac, perdió sus bríos y celebró un tratado de alianza con los Incas. Fuese al Cuzco en compañía de los vencedores, incorporarse allí á la familia real, tomando en matrimonio una princesa, y se regresó á gobernar en calidad de feudatario sus antiguos estados.

Los quechuas y los yuncas quedaron desde entonces frente á frente. Pasaron seis años. Pachacútec mandó un nuevo ejército de 30,000 hombres, al mando no ya de su hermano, sino de su hijo Yupanqui, para atacar de acuerdo con sus nuevos aliados, á *Chimú Canchu* que reinaba á la sazón sobre los Yuncas. En las inmediaciones de Paramonga, cuyos valles según se asegura contaban entonces cien mil pobladores, tuvo lugar sangrienta batalla y la victoria quedó por el

Chimú Canchu. Los quechuas se vieron obligados á pedir refuerzos al Cuzco y esperar la llegada de 20,000 veteranos que apresuradamente se mandaron en su apoyo. Por mucho tiempo se prolongó la guerra, con éxito vario. En Chancay subsisten algunas ruínas y entre ellas criptas subterráneas que, dice la tradición, fueron fabricadas por los quichuas, durante la campaña de Yupanqui, para almacenar las provisiones, pues llegó á tener 120,000 hombres. Murió el Inca Pachacútec, y se suspendieron las hostilidades. Alternándose luego entre períodos de tregua y de activas operaciones militares, trascurrieron muchos años.

Tras la batalla de Paramonga, tuvo lugar otra en Huar-mey y recios combates en el valle de Santa, cuya población era entonces de más de setecientos mil habitantes. Las operaciones avanzaban lentamente. Para reducir á los costefiños, el Inca Túpac Yupanqui se vió obligado á emprender serios trabajos en la sierra y desviar los ríos que descienden á los llanos. La energía de los Yuncas, no obstante, se mantuvo y presentaron nueva batalla á las inmediaciones de la más tarde villa de Trujillo, en el valle de Chicama, que es corrupción de *Chatma*, nombre ó título de la reina *Chimú*, y apuraron sus medios de subsistencia.

Vencidos en ese postrer esfuerzo, capitularon los Yuncas comprometiéndose á pagar tributo y á elevar templos al Sol. Chimú fué hecho prisionero y llevado delante del Inca. Este, con nobleza y singular generosidad, lo trató con distinción, cual si fuera un aliado y no un vencido. Le llamó *Chimúc Cápac* en señal de admiración por su valor y le ordenó volver á sus estados haciéndole tributario y obligándole á feudo.

En Trujillo encontraron los quichuas muestras notables del arte yunca. El Inca Túpac Yupanqui, entre el botín de guerra, llevóse al Cuzco muchos objetos de oro y plata de reconocido mérito. El reino del Chimú, y juntó con él los territorios de Piura, pasaron á formar parte del Imperio de los Incas. Corría á la sazón, por su segunda mitad el siglo XV.

Las legiones del Cuzco, vencedores, aumentaron su poder con los dominios recién adquiridos, se hicieron irresistibles.

A los Yuncas siguieron los Conchucos que tenían su capital en *Caxamalca*, y tras estos atacó Túpac Yupanqui el reino de Quito, gobernado por la dinastía de los Scyris.

Hualcopo, que reinaba á la sazón, encargó la defensa á su hermano Epiclachima y aunque éste se condujo con bizarria no pudo impedir la ruína de su pueblo. Algún tiempo, haciendo lujo de constancia, se sostuvo en la fortaleza de Liribamba; pero el Inca conquistó Quito, como había conquistado á sus vecinos. Allí encontró, según se dice, con sorpresa, que se hablaba quichua, es decir su propia lengua, la lengua misma del Cuzco. Este hecho tan singular como inesperado, á ser cierto, justificaría la tradición que asegura que los quichuas en época remota dominaron en Quito, habiendo llegado por mar á las costas de Piura y el Ecuador. Túpac Yupanqui para mantener segura la paz en sus costas pasó á Paita, Tumbes y Huancabamba y luego á Cajas y Casayunca, recibiendo en el tránsito embajadores de todas las provincias costaneras, cuyos caciques le enviaban tributos en señal de amistad, alianza y sumisión. Siguiendo las tradiciones de su gobierno distribuyó colonias en distintos lugares del territorio, y así la obediencia y tranquilidad de las recientes conquistas quedaron aseguradas.

La solicitud de Túpac Yupanqui á todo proveía. En su expedición á Quito se hizo acompañar por Amautas, astrónomos ó sabios, que fueron plantando pirámides en el camino para averiguar, por la sombra proyectada, el tiempo de los solsticios, lo que ha hecho decir que fueron midiendo grados de latitud. Este príncipe cuidó con grande acierto los intereses del imperio y á su muerte, en 1475 más ó menos, dejó el imperio á su hijo Huayna Cápac, en cuyo reinado el imperio de los Incas alcanzó á su mayor extensión.

Estando Huayna Cápac en Tumbes recibió embajadores de Tumbalá, cacique de la isla Puná, que ofrecía separarse del partido de los Scyris y concertar alianza con él. Huayna Cápac pasó á la isla con su ejército. Fué recibido con alegres fiestas y muestras calurosas de adhesión. Al regresar á Tumbes, en balsas procedentes de Puná, se desarmaron estas en medio del golfo y se ahogaron muchos personajes principales. Para castigar esta alevosía juntó Huayna Cá-

pac numerosas tropas en Tumbes, acometió á la isla y la tomó á sangre y fuego. Perdonó solo á las mujeres y los niños y se dirigió á Guayaquil, de donde volvió á Quito para castigar la rebelión de *Cacha Scyrí*. Tras varios encuentros, en la última batalla, murió el rey quiteño y las tropas proclamaron por soberana á la princesa *Bacha*, que era su única hija. Huayna Cápac, cuyo prestigio militar había crecido con la derrota inferida al difunto monarca, entró en negociaciones y concertó su matrimonio con la nueva soberana, asegurándose así una paz bien fundada y definitiva.

Libre desde entonces el Inca de atenciones militares se consagró por entero á las negociaciones de la administración y en su tiempo el imperio peruano alcanzó su mayor grandeza; pero como suele suceder de ordinario en las grandezas humanas, se acercaba por estraños é imprevistos caminos, su destrucción y su ruina.

Estando Huayna Cápac en Tomebamba, su residencia favorita, recibió mensajeros que le enviaban de Tumbes en 1515, anunciándole la presencia de los españoles en la costa avistados por los navegantes tumbesinos en sus expediciones á Colombia y Centro América. Con tal motivo, comenzaron á correr vagos rumores, que abultaba la fantasía, proclamando que la mar había abortado unos monstros marinos, como hombres bárbaros que navegaban en casas grandes y usaban armas terribles.

Pasadas, sin embargo, las primeras impresiones, se disiparon tales alarmas. Ni el Inca ni su pueblo, percibieron con claridad el inminente peligro que se preparaba. Al morir Huayna Cápac, en 1523, mostróse tan seguro y confiado que no trepidó en disponer, imprudente, la división del imperio; error político que hubo de acarrear funestas consecuencias.

Conforme á lo dispuesto por el difunto monarca, recibió Huáscar la borla encarnada, emblema del dominio, y se hizo cargo del gobierno en el Cuzco. Atahualpa quedó reconocido soberano en Quito. Durante cinco años conservóse la paz entre ambos pueblos.

MARCO A. CABERO.

(Se continuará).